El mayordomo la miró de reojo y sentenció:

- —Seguro que el anciano tenía buenas razones para mostrarse tan pesimista.
- —¡Por favor! —gritó la viuda—. ¡Ningún padre con una pizca de seso en la cabeza se lamenta de su suerte cuando un noble y apuesto joven le pide la mano de su hija!
- —¡Silencio! —protestó Harry Bailey—. ¿Es que no podemos escuchar una historia sin que alguien corra a meter su cuchara en ella?

Después, el posadero se dirigió al erudito para darle ánimos:

—¡Vamos, muchacho, tu historia va por buen camino!

the set set

Griselda fue una novia radiante y digna del mejor cuento de hadas. Como esposa de Gualterio mostró tanta gentileza y sensatez que se ganó el respeto de todos y les hizo olvidar que había crecido en la aspereza de un monte. Sus virtudes suscitaron afecto y reverencia en gran parte de Italia, y fueron muchas las gentes de lugares remotos que se acercaron a la provincia con la única intención de conocer a Griselda. Cuando Gualterio se ausentaba, ella ocupaba su lugar e impartía justicia con equidad* y acierto. Admiradas por su valía, las gentes de la región comentaban que Griselda había sido enviada por el Cielo para ser la compañera perfecta de Gualterio. Y no tan sólo era una esposa ejemplar: cuando Griselda tuvo una hija, demostró que era también una madre perfecta.

Pero entonces comenzaron las pruebas.

Y es que, un buen día, a Gualterio le dio por preguntarse si Griselda sería en verdad tan perfecta como aparentaba. «Siempre está de acuerdo conmigo», se decía, «pero, como siempre tengo razón, es natural que así sea. ¿Qué pasaría si le exigiera algo que realmente...?».

Un día, mientras Griselda mecía a su niña y le cantaba una canción de cuna, un criado de ruda apariencia entró en sus aposentos y le dijo:

- —Vuestro esposo me envía para que me lleve a vuestra hija por la opinión desfavorable que ha despertado entre la gente.
- —¿A qué te refieres? —preguntó Griselda, que conocía de sobras la estima que ella y su hija inspiraban en la región.



La joven madre contempló a su bebé dormido en la cuna con el corazón lleno de dolor, pero dijo con entereza:

—Como esposa, me debo a Gualterio, y él sabe mejor que yo lo que le conviene al pueblo, así que haz lo que te haya ordenado.

El criado se mordió los labios para disimular su emoción, pero se acercó a la cuna, agarró al bebé como si fuera a matarlo allí mismo y salió de la mansión dando grandes zancadas.

A la mañana siguiente, Griselda saludó a Gualterio con su sonrisa habitual y emprendió sus labores cotidianas como si nada hubiera sucedido. Jamás volvió a mencionar el nombre de su hija ni volvió a recordarla en voz alta. Pero era evidente que no la había olvidado.

Cinco años después, Griselda dio a luz a un hermoso niño. Su nacimiento fue celebrado por todo lo alto, pues tanto Gualterio como su pueblo habían esperado durante largo tiempo la llegada de un varón que heredase las posesiones y el título nobiliario de la familia. Gualterio comprobó con complacencia cómo su hijo empezaba a gatear, se ponía en pie, daba sus primeros pasos y balbucía sus primeras palabras. Pero la crueldad volvió a adueñarse de su corazón, así que el criado regresó a los aposentos de Griselda, cerró la puerta de un golpe y agarró al niño con sus manos rojas y enormes.

- —Señora —dijo—, vuestro esposo me envía para arrebataros al niño, a causa de la tristeza que provoca entre las gentes del pueblo.
- —¿Tristeza? —protestó Griselda, que sabía con qué ternura amaban todos al pequeño.
- —Los habitantes de la región saben que algún día vuestro hijo puede convertirse en su señor y eso los apena profundamente, pues el muchacho no es más que el nieto de un campesino. Así que, para contentar a sus vasallos, el señor Gualterio me ha ordenado que mate a vuestro hijo.

Griselda sintió que el mundo se derrumbaba a su alrededor.

—¿Cómo puede un niño tan pequeño ocasionar una tristeza tan grande? —replicó mientras acariciaba las mejillas de su hijo, que se había echado a llorar—. Está bien, si eso es lo que opina mi señor, debes obrar tal y como él te ordena. ¿Quién soy yo para protestar?

Después de que el criado saliera de la habitación, Griselda no volvió a pronunciar jamás el nombre de su hijo ni derramó por él una sola lágrima.

«¡Esto sí que es una buena esposa!», pensaba Gualterio con complacencia. «No puede imaginarse una mujer más bondadosa, obediente y leal que Griselda: sé muy bien cuánto quería a sus hijos, pero ha permitido que se



96

los arrebatara para no contradecirme». Sin embargo, Gualterio no se daba aún por satisfecho: «Claro está», pensó, «que yo le he proporcionado a Griselda una vida de lujo que jamás habría obtenido al lado de su padre. Supongo que está dispuesta a resignarse a todo con tal de conservar sus hermosos vestidos y su blanda cama. Me pregunto qué haría si...».

Gualterio no lograba desprenderse de aquella idea que lo había obsesionado día tras día durante tantos años. Cuando la tentación de llevarla a cabo fue demasiado fuerte, declaró públicamente que iba a divorciarse de su esposa. Después, le mostró a Griselda un documento falso que se había hecho enviar desde Roma por un criado.

—Lo siento, Griselda —dijo—, pero los habitantes de las aldeas y pueblos de mi provincia no pueden soportar tu presencia por más tiempo. Te llaman "la lavandera vestida de terciopelo" y "la fregona envuelta en seda". Esto no puede seguir así, de modo que he decidido romper nuestro matrimonio. Como ves, el Papa me ha enviado una bula* en la que me autoriza a abandonar a mi primera esposa y a casarme con otra mujer.

Griselda juntó las manos ante el pecho e inclinó la cabeza con el rostro pálido, pero dijo con entereza:

- —Tienes razón, Gualterio. Debes contraer matrimonio con alguien joven y de noble linaje. Siento mucho haber trastornado a tu gente.
- —¿Verdad que no puedo tener dos esposas? —fanfarroneó Gualterio—. Pues será mejor que regreses a cuidar ovejas junto a tu padre y que me devuelvas todo lo que te regalé el día de la boda.
- —Te puedo devolver el anillo y las joyas, mi señor —replicó Griselda con toda la serenidad de que era capaz—, y dejar todos mis hermosos vestidos en tus cofres; pero tus damas de compañía quemaron mi andrajoso vestido, así que déjame al menos el que llevo puesto.

Gualterio le dio la espalda a Griselda para sonreír: se sentía feliz por haberse casado con aquella mujer incomparable. «¿Hasta dónde puedo llegar?», se preguntó a sí mismo con la misma excitación que sentía cuando iba de caza. Un instante después agregó:

—A mi nueva mujer podría gustarle el vestido que llevas.

De modo que Griselda se desembarazó de las mangas de brocado* y del vestido de terciopelo y lo dejó caer a sus pies.



—Puedes conservar la enagua* —replicó Gualterio, con un nudo en la garganta.

Griselda se dispuso a iniciar en silencio el largo viaje de regreso a su casa; pero cuando atravesaba el umbral de la mansión, Gualterio la llamó por última vez:

- —¡Eh, Griselda!
- —¿Sí, esposo mío?
- —Necesito que alguien organice la boda, y tú sabes tratar a la servidumbre mejor que nadie. ¿Verdad que no te importará ayudarnos?
 - -Por supuesto que no, querido Gualterio.

Cuando vieron que Griselda regresaba medio desnuda y descalza a la desolada choza de su padre, los campesinos y pastores se quejaron con amargura:

—Dicen que el señor Gualterio asesinó a su hija —comentaba una labradora.

- —Y también a su hijo —respondía otra.
- —Ya veis lo que piensa de nosotros, los trabajadores —se lamentaba un joven herrero—. No servimos para acompañar a señores tan selectos. La próxima vez Gualterio se casará con una princesa: esperad y ya lo veréis.

Sin embargo, los aldeanos no tardaron en olvidar el trato que Gualterio había dispensado a Griselda, entusiasmados como estaban con los preparativos de la segunda boda de su señor. La muchacha se recluyó en la cabaña donde había nacido y volvió a trabajar con humildad y diligencia en las tareas del campo. Como nunca se quejaba, muchos creyeron que Griselda era feliz.

- —¡A la fiesta acudirán trescientos invitados! —comentaban los cocineros a los mercaderes a las puertas de la mansión.
 - —¡Ha comprado joyas dignas de una reina!
 - —¡Ha encargado seda de Padua y los mejores encajes de Bretaña!²⁸
 - —¡Ha ido a buscar a la novia a Brescia!²⁹ ¡Sólo tiene quince años!

El día de la boda, Griselda tuvo más trabajo que nadie: barrió una a una todas las habitaciones de la mansión, dio el toque final a las salsas, esparció pétalos de flores en los cuencos donde los invitados habían de lavarse las manos, abrillantó la copa en la que beberían los novios, saludó a los invitados en la puerta y fue tan encantadora que todos se preguntaron dónde había encontrado Gualterio a aquella joven fregona que, a pesar de sus andrajos, derrochaba cortesía.

La suntuosa* comitiva que escoltaba a la futura esposa de Gualterio se acercó a la mansión serpenteando por entre los viñedos. La novia viajaba en un carruaje blanco recubierto de cortinas; a su alrededor cabalgaban a la mujeriega* sus damas de compañía, comprobando con pena cómo los bordes de sus vestidos barrían el polvo y el barro del camino. Junto al carruaje viajaba un muchacho de unos diez años; era el hermano de la novia, iba a lomos de una jaca pequeña y moteada,* vestía un traje de color escarlata y dejaba caer sobre sus hombros una larga cabellera de dorados rizos.

- -¿Qué opinas de mi futura esposa, Griselda? preguntó Gualterio.
- -Es muy hermosa. Mi corazón late de modo muy extraño al verla.
- —Supongo que me deseas la mayor felicidad —comentó el joven con sarcasmo.

—Por supuesto, señor.

Gualterio tuvo que volverse de espaldas para disimular su alegría. «Qué mujer tan excepcional», pensó, orgulloso; «una esposa entre un millón».

- —Entonces —dijo—, tú que fuiste mi primera esposa nos otorgas tu bendición, ¿no es así?
 - -Por supuesto, señor. Pero ¿quién soy yo para bendecirte?

Tras un breve silencio, Griselda añadió:

- —Sin embargo, me gustaría decirte algo, si es que me das licencia para hablar con libertad.
 - —Di lo que quieras, Griselda.
- —No tengo duda alguna de que la educación de tu nueva esposa superará en mucho a la mía: ella es delicada y sensible, y no estará acostumbrada a las privaciones y al sufrimiento. Pero precisamente por eso tal vez le resulte más difícil que a mí soportar la severidad de tus pruebas, así que te suplico que seas con ella más amable que conmigo.

Sólo entonces Gualterio puso término a su inacabable tortura:

—¡Griselda, esposa mía! —exclamó—. Corre a ponerte el más hermoso de tus vestidos y siéntate a mi lado a la cabecera de la mesa, que es el lugar que debe ocupar una esposa. Todo esto no ha sido más que una prueba para comprobar si eras capaz de cumplir tu promesa de no contradecirme en nada. Aunque quisiera, no podría casarme con esta mi nueva "esposa", porque en realidad ¡es nuestra propia hija! ¡Y éste que ves aquí es nuestro hijo!



Los niños contemplaron a aquella mujer de cabellos grises y mediana edad que era su madre, y Griselda miró fijamente a los dos niños antes de caer desmayada. Cuando volvió en sí se hallaba en los brazos de Gualterio, quien le contó con detalle todo lo sucedido:

- —Los envié a Bolonia y han sido educados por los mejores tutores de Italia. Querida esposa, levántate. ¡Jamás tuve intención de sustituirte!
 - —¿De veras, querido Gualterio?
- —¡De veras! ¿Por qué clase de marido me tomas? ¿Cómo podría abandonarte? ¡Nadie ha tenido jamás una esposa como tú!

La reconciliación de Griselda y Gualterio y su reencuentro con los hijos se celebraron fastuosamente.* Todos los habitantes de la región fueron invitados a la fiesta: incluso el anciano padre de Griselda, quien nunca más regresó a su humilde choza.

26 26 ES

—Por supuesto, eso jamás ocurriría hoy en día —comentó el erudito de Oxford con gesto pensativo—. Ya no hay mujeres como las de antes...

En ese instante fue derribado del caballo. La viuda del sombrero le había propinado tal empujón que el erudito aterrizó de narices en el fango.

—¡A otro perro con ese hueso, pelagatos! —gritó mientras el confundido muchacho intentaba ponerse en pie—. ¡No estoy en absoluto de acuerdo! Desde luego que hoy en día las mujeres son diferentes: ¡tienen más sentido común y no se dejan avasallar! «¡Nadie ha tenido jamás una esposa como tú!». Pobrecita, jamás mujer alguna tuvo peor esposo. Pero ¿por qué digo "pobrecita"? Tu Griselda es una deshonra para el sexo femenino. Toda mujer debería saber cómo colocar a su esposo en el lugar que le corresponde. Claro que no se trata de una labor fácil, pues los maridos nunca están donde deberían estar... Y qué decir de esos pobres niños que crecieron lejos de la ternura y el amor de su madre, abandonados a su suerte en un lugar extraño...

Harry Bailey levantó la mano:

—¡Señora, por favor, se trata tan solo de un cuento! —exclamó intentando serenar a la viuda, cuyo sombrero, con la agitación de la señora, se mecía de proa a popa—. ¡Nada de eso ha sucedido en realidad!

—¡Espero que no! —resopló la viuda, algo más calmada—. Con una mujer así yo no podría tener paciencia. Y no es que crea que una esposa no deba tener obligaciones para con su marido. Muy al contrario: yo siempre cumplí a gusto con las mías en mis cinco matrimonios. Regañaba a mis esposos cuando había que regañarles (un promedio de ocho días por semana) y los eduqué del mejor modo posible, siendo como soy una mujer apocada y débil. ¡Pobrecitos míos! Si hubieran vivido lo bastante, todos hubieran acabado por agradecerme lo que hice por ellos.

—Estoy convencido de que nuestro amigo el erudito está de acuerdo con todo eso —comentó Harry en un desesperado intento de apaciguar los ánimos.

Pero el erudito no respondió. En realidad, nuestras disquisiciones le importaban muy poco: había abierto de nuevo su libro y otra vez estaba enfrascado en su querida astronomía matemática.





—¡Eres una mujer hecha a mi medida! —comentó el monje mientras se acercaba a la viuda a medio galope.

—¡Yo no estoy hecha a medida de nadie, maldito mujeriego! Entérate de que dediqué un gran esfuerzo a conquistar el corazón de mis cinco esposos, y eso es tarea suficiente para dejar molida a una mujer. Ahora, a Dios gracias, soy libre y puedo pensar y decir lo que me venga en gana.

La viuda se aflojó la manta que rodeaba sus amplias caderas y apoyó sus rollizas piernas en los estribos. Llevaba medias de lana rojiza confeccionadas con el tejido más sutil que había visto en mi vida y zapatos de cuero flexible recién estrenados. Me dio la impresión de que ella sola tenía mucho más dinero que todos los demás juntos. El bulero sospechó lo mismo, así que se le acercó con el notorio propósito de sacarle algo de dinero.

—¿Por qué no nos explicas un cuento, jovencito! —le gritó la viuda—. ¿O acaso eres una muchacha?

Después de muchos años de pegar sablazos,* el bulero se había endurecido hasta adquirir el temple de una coraza.

- —Veo, señora, que tus cinco esposos te han dejado bien provista. Me atrevo a opinar que te puedes permitir el lujo de echar un vistazo a los tesoros que llevo en esta bolsa...
- —¿Bien provista? —la viuda estaba furiosa—. ¡Entérate de que me gané uno a uno todos los garbanzos, capón* melenudo!

Más tarde, el mercader me explicó que aquella mujer había amasado una fortuna enorme comerciando con tejidos y que de sus telares salían los mejores paños de Bath.

- —Y por lo que se refiere a tus maravillosos tesoros —añadió la viuda mientras la amplia sonrisa del bulero se iba quedando mustia—, he de decirte que ninguno de mis maridos los conservaba en una bolsa, como tú, y que jamás pagué por echarles un vistazo. El único tesoro que una mujer puede proporcionar a un hombre es amarle como un gato quiere a sus mininos, dándoles todo el cariño del mundo y lamiéndoles los mofletes con la lengua. Y el único tesoro que un hombre puede otorgar a una mujer es... Bueno, todos vosotros sabéis lo que es...
- —¡Oh, seguro! —replicó el monje—. ¡Un mordisquito en los labios y un buen pellizco en el trasero!

El hijo del caballero se quedó pálido de asombro:

- —¡Por favor, señor, ésas no son palabras para la boca de un eclesiástico! ¡Está claro que la señora no quiso decir eso!
- —Desde luego que no, pichoncito —terció la viuda—, pero ¿qué es entonces lo que quise decir?
- —Los únicos tesoros que un hombre puede aportar a una dama —replicó solemnemente el escudero— son su amor y su adoración.

La viuda lo miró con unos ojos rebosantes de cariño, alargó la mano y acarició la rizada cabellera del joven.

—Dios te bendiga, hijo mío. Apuesto a que no conoces aquella vieja historia...;Oh, seguro que no la conoces! Te contaré qué es lo que más les gusta a las mujeres de un hombre.



aguja: remate estrecho y alto de la torre de una iglesia, que se levanta en figura piramidal.

ajado: marchito. alborozado: alegre.

alcurnia: ascendencia nobiliaria. alféizar: borde inferior de una ventana.

alguacil: el encargado de convocar a los infractores de las normas religiosas ante la corte eclesiástica.

alimaña: animal dañino. aliso: árbol parecido al sauce. amilanarse: acobardarse.

amolar: afilar.

amorrado: con la cabeza inclinada.

apostillar: comentar, añadir.

arriero: el que lleva a las bestias de carga

de un lado a otro.

ataviado: vestido, adornado. atisbar: echar un vistazo.

ave del paraíso: pájaro de color rojizo, con cabeza dorada, garganta azul y largas plumas.

azabache: variedad de carbón duro, compacto y de hermoso color negro.

bífida: partida en dos. bizarro: esforzado.

blandir: mover un arma u otra cosa con

movimiento vibratorio.

brocado: tela entretejida con oro y plata.

bruces (de): boca abajo.

bruñido: que ha sido pulimentado para sacarle brillo.

bula: privilegio o gracia que se concede a alguna persona.

burda: grosera, vulgar. calumnia: acusación falsa.

cáñamo: planta cuyos tallos se utilizan en la confección de telas, cuerdas y otros objetos.

caoba: madera preciosa muy resistente y

capón: castrado, persona u animal de sexo masculino al que se le ha despojado de los órganos genitales.

carcamal: persona vieja y achacosa.

carmesí: rojo subido.

caviloso: que está siempre abstraído, pen-

sando en algo. célibe: soltero.

chelín: moneda inglesa de plata; en el antiguo sistema monetario inglés, una libra equivalía a veinte chelines.

cimitarra: espada de hoja curvada que usan los turcos y persas.

comadreja: figuradamente, 'vejestorio'.

convicto: reo al que se le ha probado un delito.

corcel: caballo ligero que se empleaba en torneos y batallas.

rebufar: desprender aire con fuerza a través de un espacio reducido.

redención: liberación de alguien que sufre una pena o castigo.

redoma: vasija de vidrio más ancha por abajo que por arriba.

refectorio: sala de un convento o colegio religioso destinada a comedor.

refriega: combate.

retozar: juguetear los jóvenes de distinto

reverta: enfrentamiento violento entre dos o más personas.

rubicundo: término que se aplica a la persona de buen color y que parece gozar de salud.

sablazo: metafóricamente, lo que hace quien consigue que le presten un dinero que no ha de devolver.

sablear: sacar dinero a alguien dándole sablazos.

saetera: ventanilla estrecha por donde se disparan flechas o saetas.

salvaguarda: protección.

salva: saludo que se lleva a cabo disparando un arma de fuego.

salvia: planta silvestre de flores azules y aromático olor.

sangrar: robar sacando una parte de un todo, como de un saco.

sarmentosa: que se parece a un sarmiento ('vástago de la vid, que tiene numerosos nudos en su tronco').

sarnoso: 'que padece sarna (enfermedad de la piel producida por un insecto y debida a la falta de higiene, que se manifiesta con picazón intensa y ronchas por todo el cuerpo)'; metafóricamente, 'muy viejo'.

sarraceno: moro.

senil: viejo.

sobrevesta: especie de túnica que se usaba sobre la armadura.

solariega: perteneciente desde antiguo a una familia noble.

solícito: que se muestra atento y amable con los otros.

soslayo (de): oblicuamente, de lado.

suntuoso: luioso.

tea: antorcha.

toca: prenda de lienzo con que las monjas se cubren la cabeza.

topacio: piedra preciosa de color amarillo o azul.

traquetear: mover algo vigorosamente.

tratante: comerciante. trifulca: pelea, disputa.

trinchante: tenedor grande que se emplea para ayudar a cortar y servir la carne.

tuertos (deshacer): deshacer agravios.

vándalos: pueblo de la Germania antigua que se distinguió por el furor y el afán de destrucción con que conquistaba territorios.

vetusta: muy vieja.

vicario: en las órdenes religiosas, monje o monja que sustituye a un superior en caso de ausencia.

viruta: lámina delgada que se saca al cepillar la madera o los metales.

yermo: terreno estéril y habitualmente deshabitado.

zafiro: piedra preciosa de color azul.

zanca: parte más larga de las patas de las

zarcillo: pequeño tallo en forma de rosca que sirve a ciertas plantas para trepar.







- 1 Aunque en la actualidad es un barrio de Londres, en época de G. Chaucer, Southwark era una población independiente situada en la orilla sur del Támesis. La posada del Tabardo era muy famosa y constituía para muchos el punto de partida en su peregrinación hacia Canterbury.
- 2 Kent es un condado situado en el sur de Inglaterra. En él se encuentran la ciudad de Canterbury y las otras localidades que los peregrinos de Chaucer atraviesan a lo largo de su viaje, como el Centenario de Hoo, Broughton Blee o Maidstone, que en la actualidad es la capital del condado.
- 3 Geoffrey es el nombre de pila de Chaucer, quien participa como un personaje más en los Cuentos de Canterbury.
- 4 El Támesis es el principal río de Inglaterra; atraviesa Londres v desemboca en el mar del Norte.
- 5 Normandía es una región del noroeste de Francia, en la costa del canal de la Mancha.
- 6 Los buleros se dedicaban a vender indulgencias ('perdón para los pecados concedido con la autoridad del Papa'). En la Edad Media gozaron de muy mala fama, ya que muchos de ellos utilizaban su elocuencia para enriquecerse

- con la venta de objetos sagrados y el tráfico y exhibición de reliquias falsas.
- 7 San Jorge fue príncipe de Capadocia en el siglo II y, según una levenda, liberó a la princesa Cleodolinda matando al dragón que estaba a punto de devorarla; de ahí que haya quedado como ejemplo de la mayor valentía.
- 8 Tebas era una antigua ciudad de Grecia.
- 9 El duque lleva el nombre de un héroe griego que fue rey de Atenas y que, según la mitología griega, venció a las amazonas. Como otros poetas de su tiempo, Chaucer alude con frecuencia a lugares y personajes de la antigüedad clásica, época que consideraban ejemplar por su cultura y por la grandeza moral de quienes vivieron en ella. Sin embargo, la indumentaria, las actitudes y las situaciones descritas en «Rivalidad caballeresca» son las propias de la nobleza del siglo XIV.
- 10 En la mitología griega, la diosa Venus era la encarnación del amor, la primavera y la belleza.
- 11 Bath es una ciudad del sur de Inglaterra. En la Edad Media fue famosa por la calidad de sus paños.
- 12 La ciudad de Oxford se encuentra a unos 70 kms. al noroeste de Londres y

188 189

ACTIVIDADES





2 LOS CUENTOS

En los *Cuentos de Canterbury* son varios los relatos que recurren a los tópicos de la **literatura caballeresca**, un género que fue predilecto de la nobleza en época de Chaucer y que se caracteriza por narrar la vida y hazañas de un caballero. El influjo de este tipo de relatos es evidente en «**Rivalidad caballeresca**», donde se nos explica la trágica historia de dos jóvenes guerreros cuya firme amistad se tambalea.

a) ¿Cuándo empieza a resquebrajarse la buena relación de Palamón y Arcite? (p. 43) ¿Qué razón los obliga a separarse? (p. 45) ¿Cuándo se demuestran los dos primos su deslealtad mutua? (p. 48)

Como Palamón y Arcite no logran reconciliarse, el duque Teseo les propone que resuelvan sus diferencias en un torneo.

b) ¿Qué premio promete el duque a quien venza en la liza? (p. 50) ¿Quién gana en ella? ¿Lo deja satisfecho su victoria? ¿Por qué? (pp. 52-53)

El carácter trágico de la historia de Palamón y Arcite se debe en buena medida al papel decisivo que la **fatalidad** desempeña en el cuento, ya que los dos jóvenes se ven abocados a un final desastroso por la fuerza de sus pasiones y por la lamentable intervención del azar. En realidad, su historia le sirve a Chaucer para expresar una idea del filósofo cristiano Boecio (siglo VI): que el individuo carece de verdadera libertad, pues todos sus actos han sido previstos por Dios.

c) ¿Cómo se evidencia el pensamiento determinista de Chaucer en las últimas palabras que Palamón le dirige a Arcite? (p. 52) ¿En qué medida son los dos primos culpables de su tragedia? En cualquier caso, ¿qué moraleja extrae el caballero de su historia? (p. 31)

También **«El mayor deseo de las mujeres»** es un cuento protagonizado por un caballero. Su nombre es Sir Salvio, y debe resolver un difícil acertijo para librarse de la pena de muerte que se cierne sobre él.

d) ¿Por qué falta ha sido castigado Sir Salvio? (p. 106) ¿Qué enigma debe resolver el caballero para salvar su vida? (p. 108) ¿Qué respuestas dan al acertijo las mujeres que el joven encuentra a su paso? (pp. 108-109)

Sir Salvio da con la solución correcta al enigma gracias a una **vieja lavandera** a la que encuentra en la espesura de un bosque.

e) ¿Cuál es la respuesta del acertijo? (p. 111) ¿Qué pide por ella la lavandera? (p. 111) ¿Por qué Salvio se niega a satisfacer a la vieja? (p. 113)

El cuento de la viuda desemboca en un **final feliz** gracias a la irrupción de un elemento maravilloso, lo que pone en evidencia que en su relato se combina lo caballeresco con rasgos propios de los **cuentos de hadas**.

f) ¿Quién es en realidad la lavandera? (p. 116) ¿Qué decisión le obliga a asumir a Sir Salvio? (p. 116) ¿Qué opción toma el caballero en la alternativa que se le ofrece y qué recompensa obtiene por ella? (p. 116)

Los tópicos de la literatura caballeresca reaparecen en el poema con el que Chaucer decide deleitar a sus acompañantes: **«Sir Topacio»**. Aunque el personaje lo recita en serio y con cierta solemnidad, la composición es en realidad una parodia de las baladas épicas inglesas, en las que se narraban las hazañas de un virtuoso caballero que marchaba a la aventura para honrar a su amada y que topaba en su camino con asombrosos seres fantásticos a los que debía enfrentarse.

- g) ¿Qué dones posee Sir Topacio? ¿Con qué propósito emprende su aventura? ¿Qué seres maravillosos intervienen en su historia? (pp. 134-135)
- h) ¿Qué rasgos de «Sir Topacio» ponen de relieve su intención paródica?

bar to the total the state of t



Cuentos de Canterbury

Los Cuentos de Canterbury constituyen la obra maestra de Geoffrey Chaucer (1340?-1400), el más insigne poeta inglés anterior a Shakespeare. En este libro, un grupo de peregrinos que se dirige al santuario de Tomás Becket decide que, para hacer más placentero el viaje, cada uno de ellos relatará dos cuentos. Ante los lectores se despliega entonces una rica variedad de historias que alternan lo grave y lo cómico, lo patético y lo burlesco, el estilo llano y la retórica ampulosa. Tan variopintos como los relatos son sus narradores, una divertida y amplia galería de personajes que pertenecen a los más diversos estratos sociales de la época y a quienes Chaucer retrata con mano maestra.

En su adaptación de los *Cuentos de Canterbury*, la novelista inglesa **Geraldine McCaughrean** hace gala de sus mejores dotes de narradora. Al igual que **Chaucer**, la autora combina el estilo elevado con el sencillo y la ironía sutil con las metáforas más sugerentes. En el relato de la peregrinación, **McCaughrea**n no solo demuestra una gran dosis de ingenio y un dominio pleno del lenguaje coloquial, sino una prodigiosa destreza para caracterizar de modo vivísimo a los personajes. Tan memorable adaptación ha sido ilustrada por el artista húngaro **Victor G. Ambrus**.

La colección «Clásicos Adaptados» pretende poner al alcance de lectores en formación obras claves de la tradición literaria occidental sin renunciar, en su reelaboración, a la calidad literaria de los textos. La vocación pedagógica que anima esta colección, magnificamente ilustrada, se refleja en la introducción, las notas y las actividades con que se completa la edición.

